

EL DELIRIO DE INTERPRETACIÓN DE JEAN-JACQUES ROUSSEAU (1909)

Paul Sérieux y Joseph Capgras¹

Jean-Jacques Rousseau puede ser citado como ejemplo de la variedad resignada [del delirio de interpretación]: las ideas de persecución que se desarrollaron entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, y que duraron hasta su muerte, a los sesenta y seis años de edad, procedían en efecto de un delirio de interpretación; presentó todos sus síntomas: multiplicidad de las interpretaciones, verosímiles al principio, fantásticas al final²; ausencia de síntomas sensoriales; evolución progresiva (parte de la enemistad real de los enciclopedistas, pero llega poco a poco a la convicción de que hay una liga universal actuando en su contra); mantenimiento incólume de las dotes intelectuales (algunas de sus obras maestras datan del periodo inicial de la psicosis, y otras del terminal). Pero este delirio jamás se acompañó de reacciones agresivas: la

¹ SÉRIEUX, P., CAPGRAS, J. (1909), *Les folies raisonnantes. Le délire d'interprétation*, Paris, Félix Alcan, pp. 180-206. Reproducimos la traducción y notas de Ramón Esteban Arnáiz, páginas 134-156 de la reciente edición española de *Las locuras razonantes. El delirio de interpretación* (Madrid, Ergon, 2007), al cuidado de José M^a Álvarez, Fernando Colina y Ramón Esteban. Hemos adelantado un párrafo el epígrafe que sirve de título a esta transcripción. Se ha intentado —aunque no siempre se ha conseguido— ofrecer alguna información en notas al pie sobre los personajes secundarios que aparecen en el texto, lo cual se ha obviado cuando eran sobradamente conocidos (como Voltaire, Diderot, d'Alembert, Hume, etc.).

² [Nota de Sérieux y Capgras] Sus contemporáneos no se engañaban. «Partía de un principio siempre fruto de su imaginación herida; principio que era incapaz de analizar sensatamente, pero las consecuencias que sacaba a partir de él seguían por completo las reglas de la lógica más cuerda, de forma que era imposible no sorprenderse infinitamente de verle tan sabio a la vez que tan loco respecto de un mismo hecho» (Corancez, 1778). «El hombre más justo, decía él mismo, cuando está resentido difícilmente ve las cosas como son». Esa es también la opinión de los críticos modernos: «Deformación de las cosas debido a la sensibilidad y generalización precipitada, tal es el caso de Rousseau» (J. Lemaître). «Jean-Jacques es un romántico, un visionario, a quien los sucesos sólo le sirven de punto de partida para sacar consecuencias, forjar quimeras y batirse contra fantasmas». (Lanson).

huída, la búsqueda de la soledad fueron sus medios habituales de defensa; sólo protestaba mediante cartas, a veces muy mordaces, o también con «circulares breves» contra las acusaciones de las que se creía objeto. Para justificarse escribió las *Confesiones*. Tuvo, esporádicamente, paroxismos de agitación e ideas de suicidio; terminó en un estado de completa resignación, desesperanzado incluso respecto al juicio que mereciera de la posteridad. Estas características han llevado a Régis —que las ha analizado con gran agudeza— a considerar a Rousseau como un perseguido melancólico; pero hay que resaltar que Jean-Jacques no tenía ninguno de los síntomas esenciales de los melancólicos, mientras que encontramos en su caso todos los de los interpretadores resignados.

Rousseau ofrecía un terreno propicio a la eclosión de un delirio de interpretación, que se vio favorecido además por numerosas causas ocasionales. Su constitución, netamente psicopática, fue el factor fundamental. Dejemos a un lado todo lo relativo a su desequilibrio constitucional y reseñemos solamente su inestabilidad, su «pasión furiosa por los viajes», sus tendencias hipocondríacas, sus anomalías sexuales, sus síntomas psicasténicos, su timidez patológica, sus tendencias a los escrúpulos y a la mitomanía. Insistamos sobre todo en su sensibilidad enfermiza. Rousseau se define a sí mismo como «un alma inerte, que se asusta ante cualquier preocupación, un temperamento bilioso, con facilidad para alterarse y excesivamente sensible ante todo lo que le concierne... Dos cosas casi irreconciliables se unen en mí: un temperamento muy ardiente, pasiones vivas e impetuosas, y, por el otro lado, ideas que nacen muy lentamente, confusas y que sólo surgen a posteriori. Se diría que mi corazón y mi cabeza no pertenecen al mismo individuo. El sentimiento, más rápido que el relámpago, viene pronto a llenar mi alma; pero en lugar de iluminarme, me abraza, me ciega. Lo siento todo pero no veo nada»³. Hablando de «la bilis negra que roe su corazón», dice que «esa agitación tiene su punto de partida en una imaginación desmesurada, presta a espantarse por cualquier cosa, y a llevarlo todo hasta sus extremos». Sus comentaristas señalan en él la estrecha subordinación del juicio a una sensibilidad enfermiza exclusiva del espíritu crítico.

Pronto manifestó tendencias a la misantropía, la desconfianza y también al orgullo. «El orgullo es en Rousseau el virus inicial» (Brédif). A los veinte años temía ser tomado por espía en Lausana. A los veintiocho escribió estos versos: «Mis penas son tantas como mis días, / A veces torpe, siempre perseguido». Marmontel⁴ nos le

³ [Nota de Sériveau y Capgras] «Rousseau, decía Hume, no ha hecho más que sentir durante toda su vida, y así su sensibilidad se ha elevado hasta un grado como nunca vi otro igual».

⁴ Jean-François MARMONTEL (1723-1799), jesuita protegido de Voltaire, trabajó todos los géneros literarios sin destacar especialmente en ninguno, y escribió cerca de doscientos artículos de *La Enciclopedia*. Defendió ardorosamente algunas ideas ilustradas de marcado carácter pre-revolucionario, fundamentalmente, el concepto de igualdad, que le llevó incluso a denunciar los privilegios de la nobleza y a censurar a algunos intelectuales que, como Rousseau, eran incapaces de admitir la equidad entre los sexos masculino

muestra a la edad de treinta y ocho años susceptible y desconfiado: «Su mirada huidiza observaba todo con sombría atención... era notorio su amor propio insatisfecho, irritable, fácil de ser herido». Hacia la misma época, Duclos⁵ decía de él que «tenía un humor de perros».

Hacia los cuarenta años de edad, algunas desgracias y algunas enemistades verdaderas, unidas a una vida presa siempre de la inquietud, hicieron sentir su influencia sobre un cerebro ya predisposto. Humillaciones, injurias, calumnias, deshonras, nada se le ahorró a esta alma de hiperestésica sensibilidad, que «necesitaba amar y ser amado». De ahí, como él mismo dijo, «su humor agrio y tendente a la desconfianza y a la ofuscación debido a repetidas desgracias». Las quejas de Rousseau contra Grimm, Diderot, d'Holbach, Voltaire, d'Alembert, Hume, Choiseul, etc., no son infundadas: desvalorizado por unos, ridiculizado por otros, fue muy odiado y atacado. Esas persecuciones reales contribuyeron a exagerar sus tendencias a la interpretación y le llevaron a imaginar la existencia de un complot, de una liga universal. Expulsado de varios sitios por decreto o por la hostilidad de algunas personas, terminó por creerse permanentemente rodeado de trampas, y para escapar de ellas se convirtió en «viajero perpetuo», en perseguido migratorio.

El delirio de interpretación de Jean-Jacques se desarrolló muy lentamente y poco después de cumplir los cuarenta años. Como en todos estos pacientes, es difícil fijar con precisión la fecha de comienzo de sus trastornos psíquicos. En las *Confesiones* sitúa en el año 1752 —tenía entonces cuarenta— «el origen de la odiosa trama», a raíz de una «pequeña aunque memorable peripecia» que tuvo con Grimm⁶. Pero su convicción no llegó a formularse hasta tiempo después; no tenía entonces, al parecer, más que vagas inquietudes que hacían permanecer en su memoria ciertos incidentes cuya interpretación no cristalizó hasta más tarde. Declara, en efecto, que fue «volviendo a pensar después» en el hecho en cuestión cuando sacó en conclusión que Grimm «incubaba ya entonces, en el fondo de su corazón, el complot que después ejecutó con éxito prodigioso». Asimismo, en la época de la redacción del *Discurso*

y femenino. Su obra *Belisario*, a favor de la tolerancia, causó gran escándalo pero fue traducida a varios idiomas

⁵ Charles PINOT DUCLOS (1704-1772), moralista francés, autor de *Consideraciones sobre las costumbres* y de unas *Memorias secretas de los reinados de Luis XIV y Luis XV*. Pasó su vida en los salones cortesanos, observando las modas con cierta agudeza pero con áspera ironía.

⁶ Frédéric-Melchior, BARÓN DE GRIMM (1723-1807), célebre literato alemán que fue a París muy joven y contrajo amistad con los enciclopedistas, particularmente con Diderot. Presentado por Rousseau a *Madame d'Epinay*, protectora de éste, las relaciones amorosas que entre ambos se establecieron fueron causa de su enemistad con el filósofo de Ginebra. Un despacho que contenía ciertas burlas hacia los ministros franceses le ocasionó la pérdida de su destino, pero los soberanos alemanes y rusos le nombraron barón del Imperio Austro-húngaro en Viena, consejero de Estado en San Petersburgo y, por último, consejero de Catalina de Rusia en los Estados del círculo de la Baja Sajonia.

sobre la *Desigualdad* (1753; cuarenta y un años de edad), escribía: «No tenía aún ninguna sospecha del gran complot de Diderot y de Grimm; de lo contrario, fácilmente habría reconocido cómo el primero abusaba de mi confianza dando a mis escritos ese tono duro y ese aire sombrío que ya no tuvieron cuando dejó de dirigirme».

Sin embargo, algunas de las interpretaciones relacionadas más tarde con ese periodo ya fueron quizá intuidas hacia 1753. Tras el éxito de *El adivino del pueblo* (octubre 1752)⁷, «ya no percibí ni en Grimm, ni en Diderot, ni en casi ninguno de los hombres de letras que conocía, esa cordialidad, esa franqueza, ese placer al verme que había creído encontrar en ellos hasta entonces. Cuando aparecía por casa del barón la conversación dejaba de ser general. Se formaban pequeños grupos, se pasaban cuchicheos al oído, y a mí me dejaban solo y sin saber con quien hablar». Unas coincidencias sorprendentes le hacen preguntarse si no tendrían la intención de hacer correr el rumor de que él no era el autor de *El adivino*: en efecto, se había visto obligado por la insistencia del barón de Holbach⁸ a incluir en dicha ópera un divertimento tomado de los cuadernos de música de éste y que prometió no enseñar a nadie; pero un día, en casa de Grimm, Rousseau vio a mucha gente alrededor del clavecín, y estaban tocando precisamente ese fragmento; algún tiempo después vio el mismo cuaderno de Holbach en casa de *Madame d'Épinay*⁹. Más adelante, efectivamente, le acusaron de plagio, asegura.

Muy poco después publicó su *Carta sobre la música francesa* [1753], que «sublevó a toda la nación» contra él, desviando la atención de la gran querrela que se traían el Parlamento y el clero, de tal modo que «este folleto quizá impidió una revolución en el Estado». Su vida estuvo en peligro, la orquesta de la Ópera maquinó un complot para asesinarle¹⁰, el Magistrado Municipal le hizo renunciar públicamente a sus entradas para futuros espectáculos. Esta singular anécdota, cierta en parte, pone de manifiesto las exageraciones habituales en Jean-Jacques.

⁷ *Le devin du village* (1752). Se trata de una de las dos óperas compuestas por Rousseau (la otra, de 1745, se titulaba *Las musas galantes*). Fue representada ante la corte de Luis XV en el palacio de Fontainebleau el 18 de octubre de 1752, con tal éxito que el rey quiso otorgar una pensión al autor, pero éste la rechazó y se negó a ser presentado al monarca. Diderot criticó a Rousseau por mantener dicha actitud.

⁸ Paul-Henry DIETRICH, BARÓN DE HOLBACH (1723-1789), filósofo francés de origen alemán, nacido en Heidesheim (Palatinado) y muerto en París, vivió casi toda su vida en estrecho contacto con los mayores representantes de la Ilustración. Entre sus obras cabe mencionar: *Système de la nature* (1770), *La politique naturelle* (1773), *Le système moral* (1773), *La morale universelle* (1776). Sus escritos están inspirados en los argumentos antiguos y modernos a favor de una explicación materialista y atea de la realidad, y acaba haciendo un elogio de las virtudes sociales y civiles. Consideraba la religión como un mero fruto de la ignorancia. Ciertas posiciones, consideradas extremistas incluso por algunos ilustrados, le valieron muchas hostilidades que le fueron dejando aislado; tan sólo Diderot permaneció fiel a su amistad.

⁹ Louise-Florence D'ÉPINAY (1726-1783), mujer distinguida, protectora de Rousseau, con el que terminó muy enemistada. Dejó unas interesantes *Memorias*.

¹⁰ Es bien cierto que los músicos de la Ópera ahorcaron una efigie de Rousseau, indignados por el elogio que éste hacía de la música italiana en su *Carta...*, en detrimento de la francesa.

Fue el uno de junio de 1754, a la edad de cuarenta y dos años, cuando no le quedó más remedio, dice Rousseau, que despojarse de su carácter confiado. Pero «la manía suspicaz», las ideas de persecución y las falsas interpretaciones no comenzaron a ser permanentes hasta la edad de cuarenta y cinco años, durante su estancia en el *ermitage* entre 1756 y 1758, «época de su vida cuya influencia posterior se extendió hasta el último de sus días»¹¹. Ocurren entonces sus primeras desavenencias con Grimm y Diderot; también entonces el Dr. Tronchin¹² y *Madame* d'Épinay, bajo el auspicio de aquéllos, comenzaron «unas relaciones que pronto estrecharon a costa suya». A partir de esa época, para sus amistades es evidente que está enfermo. *Madame* d'Épinay escribe a Grimm: «Su cerebro está en fermentación, está agitado, es muy desgraciado... acusa hasta a sus amigos... Por todas partes ve contrariedades, peligros, complots». Él mismo, en su *Correspondencia*, se lamenta de la tiranía y las intrigas con que le acorralan, del tono equívoco y sospechoso que emplean al hablar con él, de las cartas peligrosísimas y comprometedoras que le envían y en las que ostensiblemente le tienden trampas, y de que se está urdiendo sordamente alguna deshonestidad contra él; reprocha a *madame* d'Épinay que intenta reducirle a la esclavitud o hacerle un instrumento de sus secretas miras; Diderot le escribe una carta extravagante, le habla en tono imperioso y pedagógico; la frase de *El hijo natural*¹³: «Únicamente el malvado está solo», es una pérfida alusión contra la que protesta con todas sus fuerzas.

Asociado con Diderot y con el barón de Holbach, Grimm empezó en 1758 «levantando a mi alrededor un andamiaje de tinieblas que me fue imposible horadar para hacer caer la luz sobre sus maniobras y así poder desenmascararle... Noté los primeros efectos de ese procedimiento al percibir veladas acusaciones lanzadas desde la camarilla de Holbach, sin que me fuese posible saber ni siquiera conjeturar en qué consistían tales acusaciones. Deleyre¹⁴ me decía en sus cartas que me atribuían indignidades;

¹¹ *Ermitage* significa literalmente 'lugar donde vive un ermitaño', pero se usaba en sentido figurado para designar casas de campo tranquilas y solitarias. El 9 de abril de 1756, Rousseau se instaló en un *ermitage* que poseía su amiga *madame* d'Épinay en Montmorency. En marzo de 1757 comenzaron sus abiertas disputas con Diderot y los demás enciclopedistas. Esa misma primavera concibió una arrebatadora pasión por la condesa de Houdetot, otra dama *d'esprit*, y en diciembre *madame* d'Épinay le expulsó del *ermitage* y se convirtió en su enemiga declarada en la realidad.

¹² Théodore TRONCHIN (1709-1781), natural de Ginebra. Médico de Voltaire, amigo y después adversario de Rousseau. Establecido en París a partir de enero 1766, fue el Primer Médico del Duque de Orleans desde entonces hasta el día de su propia muerte en 1781.

¹³ *Le fils naturel*, obra de DIDEROT de 1757. Afirmaba en ella que el hombre de bien es sociable y que sólo el malvado busca la soledad, simplificación que ofendió muchísimo al misantrópico Rousseau.

¹⁴ Alexandre DELEYRE (1726-1797), literato y político francés, ex-alumno de los jesuitas en Burdeos, pronto se instaló en París y entró en relación con J.-J. Rousseau, Duclos, Diderot, d'Alembert, etc. Escribió el artículo sobre el «Fanatismo» para *La Enciclopedia*. Por encargo de Grimm dirigió el *Journal étranger* y colaboró en el *Journal encyclopédique*. Posteriormente fue preceptor del Infante de Parma, y más tarde se dedicó a la política. Una de sus obras más conocidas fue *Analyse de la philosophie de Bacon, avec sa vie traduite de l'anglais* (Ámsterdam y París, 1755, 3 vol.).

Diderot me venía a decir lo mismo de modo más indirecto... Notaba yo también una frialdad gradualmente creciente en las cartas de *madame* de Houdetot¹⁵... Entreveía mil crueldades sin ver nada con claridad. Estaba en la posición más insoportable para el hombre cuya imaginación se inflama con facilidad». — «¡Por Dios bendito!, exclama, ¿acaso soy yo un criminal? ¡Un criminal yo! Bastante tarde lo he sabido. Y es el señor Grimm, es mi viejo amigo, él, que me debe todas las amistades que me ha ido arrebatando, es él quien ha hecho ese bonito descubrimiento y quien lo ha hecho público».

De 1758 a 1762, el delirio no progresa sensiblemente. Algunas personalidades van siendo incluidas: Marmontel se convierte en un enemigo «furioso e implacable». Es su más fecundo periodo de trabajo: la *Nueva Eloísa*, el *Contrato social*, el *Emilio*. En 1761 la impresión del *Emilio* fue momentáneamente suspendida. Atormentado por el retraso, Rousseau tuvo noticia de que un jesuita había hablado de esa novela. Enseguida se figuró que los jesuitas, pensando que moriría próximamente, querían retrasar hasta entonces la edición, con la intención de mutilar o de cambiar algo en dicha obra. Empero, no estando aún aniquilado su sentido crítico, tuvo en cuenta los razonamientos que le hizo Malesherbes¹⁶ y reconoció su error. Él mismo, en esta ocasión, da cuenta de la intensidad de sus tendencias interpretadoras: «Es sorprendente el cúmulo de hechos y circunstancias que llegaron en mi mente a calcarse sobre semejante locura dándole un aire de verosimilitud. Me quedo corto: a mostrarme la evidencia de todo ello y su demostración». Efectivamente, tuvo entonces una cierta conciencia de su estado: «No sé qué ceguera, qué tenebroso humor... me hizo inventar, para ensombrecer mi vida y el honor de otras personas, esa trama de horrores en la cual la sospecha, que mi mente predispuesta cambiaba casi siempre en certeza, no fue mejor disimulada respecto a otros que respecto a vos... El delirio del dolor me hizo perder la razón en vez de la vida» (Carta a Moultoy¹⁷, 23 de diciembre de 1761).

¹⁵ Élisabeth-Françoise-Sophie, CONDESA DE HOUDETOT (1730-1813), literata y *femme d'esprit*. Célebre por la pasión que inspiró a J.-J. Rousseau, y por sus relaciones con el poeta y filósofo Jean-François Saint-Lambert. Solo se conoce una obra suya, titulada *Pensamientos*.

¹⁶ Chrétien-Guillaume de Lamoignon de MALESHERBES (1721-1794), hombre de Estado y literato francés. Miembro de la Academia francesa y de la de Ciencias, y uno de los defensores de Luís XVI. Hijo del canciller Lamoignon, desempeñó diversas tareas en la política, simultaneándolas desde 1751 con la dirección de la Librería (primera autoridad estatal en materia de publicaciones), cargo en el que mantuvo una política liberal facilitando la edición de las obras de la Ilustración, entre ellas la *Enciclopedia*. Cuando se entabló el proceso de Luís XVI, hizo esfuerzos inútiles por defenderle, siendo finalmente a su vez acusado ante el tribunal revolucionario, condenado a muerte y ejecutado el 22 de abril de 1794. Algunos de sus escritos influyentes fueron *Memorias sobre los matrimonios protestantes*; *Memoria sobre los medios de acelerar los progresos de la economía rural en Francia*; *Observaciones sobre la Historia natural de Buffon*; *Memoria sobre la Librería y la libertad de imprenta*.

¹⁷ Paul MOULTOU (1730-1787), amigo y editor de Rousseau; mantuvo también muy buenas relaciones con Voltaire. Nacido en Montpellier, estudió para eclesiástico y vivió en Ginebra desde 1748. Diez años más tarde, escrúpulos de conciencia le hicieron abandonar el sacerdocio. Gran aliado de Rousseau,

Las condenas del *Emilio* en París y en Ginebra, la expulsión de Jean-Jacques del territorio de Berna, fueron nuevos incitantes para su imaginación y su sensibilidad. Desde Motiers escribe en 1762 a la mariscala de Luxemburgo¹⁸: «Son el polichinela Voltaire¹⁹ y el compadre Tronchin²⁰ quienes, en voz baja y desde detrás del telón, han puesto en movimiento a las demás marionetas de Ginebra y de Berna; las de París también han actuado, pero mejor dirigidas aún por otro arlequín a quien vos bien conocéis. Queda por saber si también habrá títeres en Berlín. Os pido perdón por este lenguaje burlesco, pero en el estado en que me encuentro, uno sólo puede bromear o cortarse el cuello». Tuvo entonces algunas ideas de suicidio. Esa misma fecha, 1762, en que «comienza la obra tenebrosa que le ha enterrado en vida», Rousseau, con cincuenta años de edad, emprende la redacción de las *Confesiones*, que preparaba desde un bienio antes. «Sabía —dice— que me pintaban en público con unos rasgos tan deformes, que pese a lo malo de mí mismo que no quería silenciar, sólo podía salir ganando mostrándome tal como era».

Al principio de su estancia en Motiers, su correspondencia contiene sobre todo respuestas elocuentes, ácidas o humorísticas a las canciones y libelos dirigidos contra él. Sin embargo, está muy inquieto: siente una sorda hostilidad alrededor suyo; incitan bajo cuerda al pastor Montmollin contra él; hacen venir extranjeros al país para tenderle una trampa; sólo oye hablar de proyectos para hacerle marchar de allí. Pero está aún más obsesionado por sus preocupaciones hipocondríacas y sus molestias urinarias, que le hacen adoptar el modo de vestir armenio²¹; creía que su muerte estaba próxima.

En 1765, una serie de acontecimientos se ceban en Jean-Jacques, a la edad de cincuenta y tres años, y refuerzan sus sospechas. Pierde muchos amigos, los chicuelos le insultan por las calles de Motiers, «unos asesinos» rompen a pedradas los cris-

le defendió siempre enérgicamente, pero no pudo impedir que el *Emilio* fuese quemado públicamente por el verdugo. Dos meses antes de la muerte de Rousseau, éste le cedió sus manuscritos. Moultoú editó las obras completas de su amigo en quince tomos, en Ginebra, en el año 1782.

¹⁸ Desde 1759, el Mariscal de Luxemburgo y su esposa mantuvieron una protectora relación con Rousseau, invitándole repetidas veces a una de sus residencias, el Petit-Château de Montmorency.

¹⁹ Durante su juventud, Rousseau leía con interés las obras de Voltaire, a quien admiraba profundamente. A partir de 1755, su enemistad, surgida por la descalificación de Voltaire al *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, fue en aumento, hasta el punto de que se intercambiaron cartas muy hirientes y Voltaire hizo públicos numerosos y denigrantes panfletos contra Rousseau.

²⁰ Jean-Robert TRONCHIN (1710-1793), Procurador General de Ginebra. Redactó el informe mediante el que el gobierno de la ciudad condenó el *Emilio* y *El Contrato Social*. Pese a que insistió que la severidad debería dirigirse sólo contra la obra y no contra el autor, el Consejo decretó la detención de Rousseau, que pudo escapar.

²¹ En las *Confesiones* explica Rousseau que en aquella época tenía que recurrir a menudo a las sondas urinarias, rígidas entonces, y la ropa armenia (camisola y dolman, así como el gorro de piel), le resultaba más cómoda, al prescindir de los estrechos pantalones al uso. Viviendo solitario en una casa de campo, creía también estar a salvo de la extrañeza que la ropa hubiese causado en la ciudad.

tales de su casa; «el cursi de Montmollin se erige abiertamente en capitán de los bandidos»²². Abandona Motiers y va a Neuchatel, después a la isla de Saint-Pierre, de donde le expulsan, a Bienne [Suiza], de donde también es expulsado; se dirige a Estrasburgo, después a París, y finalmente, en enero de 1766 acepta el ofrecimiento de Hume y parte hacia Inglaterra. Esta fecha, 1766, puede considerarse el comienzo del periodo de estado de su psicosis²³. A partir de entonces se organiza poco a poco un delirio retrospectivo; las interpretaciones se irán sucediendo, casi sin interrupción, hasta su muerte.

El 31 de marzo de 1776 escribe a *monsieur* d'Ivernois²⁴: «Os escribí anteayer, amigo mío, y esa misma tarde recibí vuestra carta del día 15. Había sido abierta y lacrada de nuevo. Me llegó a través de *monsieur* Hume... Varios hechos me llevan a sospechar de él, incluso el celo que muestra. Aún no he podido averiguar cuáles son sus intenciones, pero no puedo evitar el considerarlas siniestras...». «Nada más fantástico, dice Jules Soury²⁵, que las quejas imaginarias de Jean-Jacques... Había que oír al propio Rousseau contar, con su admirable elocuencia, aquellas increíbles alucinaciones, fruto de la fiebre o del delirio». Helas aquí, tal como las enumera por primera vez el 9 de abril a la condesa de Boufflers²⁶.

²² La población de Motiers siempre miró mal a Rousseau por sus ideas, a lo que se añadió el traje de armenio y, en 1765, la pretensión del pastor Frédéric-Guillaume de Montmollin de que se abstuviese de tomar la comunión. Como Rousseau estaba protegido por el Lord Mariscal, que además le había concedido la ciudadanía de Neuchatel, Montmollin no consiguió su excomunión oficial, pero incitó contra él a los ciudadanos, que empezaron insultándole por la calle y llegaron a apedrear su casa durante la noche del 6 al 7 de septiembre de 1765.

²³ [Nota de **Sérieux y Capgras**] Una observación de Rousseau dice que «su estúpida y ciega confianza, a pesar de que le trataban con unos modos idóneos para haberle sacado de su error, no cesó hasta su regreso a París en 1770»; dicha observación está en desacuerdo con la historia de la enfermedad, cuyo principio es anterior a 1770.

²⁴ François D'IVERNOIS (1757-1842), abogado y economista suizo. Estuvo emigrado en Inglaterra durante la revolución francesa, y fue enviado al Congreso de Viena en 1814, donde obtuvo un aumento de territorio para Ginebra, su patria, así como su reincorporación a la Confederación Helvética. Sus obras más notables son: *Revoluciones de Francia y de Ginebra*; *De las pérdidas causadas al pueblo francés por la revolución y la guerra*; *Causas que han ocasionado la usurpación de Bonaparte y que preparan su caída*; *Efectos del bloqueo continental en Inglaterra*, etc. Amigo de Rousseau y parcial editor de su obra.

²⁵ [Nota de **Sérieux y Capgras**] Jules SOURY, *Bréviaire de l'histoire du matérialisme*, París, [G. Charpentier], 1881; p. 518.

²⁶ Condesa de BOUFFLERS (1725-1800) — Marie-Charlotte Hippolyte de Campet de Saujon, condesa de Boufflers, casada con el marqués Édouard de Boufflers-Rouvet y amante de Luis-Francisco de Borbón. En su palacete del barrio del Temple, en París, mantuvo un salón frecuentado por nobles, sabios y escritores, entre ellos: Rousseau, su amiga la mariscal de Luxemburgo, David Hume, Wolfgang Amadeus Mozart, Frédéric Melchior Grimm, Cabanis, D'Alembert, Talleyrand, etc.

—Muy a mi pesar, señora, voy a afligir a vuestro buen corazón; pero es absolutamente necesario que conozcáis bien a este David Hume, a quien me habéis entregado creyendo procurarme un destino apacible.

—Desde nuestra llegada a Inglaterra, donde no conozco a nadie más que a él, alguien que está muy enterado de mis asuntos trabaja en secreto, pero sin descanso, para deshonrarme, y lo consigue con un éxito que me anonada. Todo lo que me acaba de ocurrir en Suiza ha sido deformado, mi último viaje a París y la acogida que se me dispensó han sido falseados. Se ha dado a entender que yo era habitualmente despreciado y criticado en Francia por mi mala conducta, y que principalmente por eso yo no me atrevía a entrar en ese país. Se ha escrito en los periódicos que sin la protección de *monsieur* Hume yo no habría finalmente osado atravesar Francia para embarcarme en Calais, y que él me había conseguido el pasaporte del que me he servido. Se ha traducido e impreso como auténtica la falsa carta del rey de Prusia, inventada por d'Alembert y difundida en París por su amigo Walpole. Han puesto gran empeño en presentarme en Londres con *mademoiselle* Le Vasseur²⁷ en todas las ocasiones en que podían hacer caer un mayor ridículo sobre mí... En menos de seis semanas, todos los periódicos, que al principio sólo hablaban de mí honrosamente, han cambiado su lenguaje y ya sólo se refieren a mí con desprecio.

—La corte y el público en general asimismo han cambiado rápidamente respecto a mí; y sobre todo las personas con las que más relación tiene *monsieur* Hume son las que se distinguen por su desprecio más ostensible... Durante el viaje, me había hablado del payaso de Tronchin como de alguien del que razonablemente desconfiaba; y hete aquí que, sin embargo, se aloja en Londres con el hijo del mencionado payaso, vive con él en la mayor intimidad y acaba de buscarle un puesto con *monsieur* Michel, ministro en Berlín, a donde ese joven irá, sin duda, cargado de instrucciones que me conciernen. He tenido la desgracia de alojarme dos días en ahí mismo, en casa de *monsieur* Hume. No puedo expresar hasta qué punto han manifestado odio y desdén hacia mí los anfitriones y los sirvientes, y con qué infame acogida han recibido a *mademoiselle* Le Vasseur. Además, estoy casi seguro de reconocer, por su tono rencoroso y despreciativo, a todas las personas con las que *monsieur* Hume acaba de tener una conversación; y le he visto cien veces, incluso en mi presencia, decir indirectamente las palabras que más podían indisponer contra mí a aquellos con quienes hablaba. Averiguar qué fin pretende es lo que me resulta difícil, y más aún teniendo en cuenta que, al ser su huésped y estar en un país cuya lengua

²⁷ Thérèse LE VASSEUR (1721-1801). Camarera y costurera del Hotel Saint-Quentin, donde se alojó Rousseau en París durante 1744 y 1745. Iniciaron entonces una relación más sensual que sentimental, aunque ya siempre vivieron juntos. Casados en 1768, el papel de Teresa, casi analfabeta, siguió siendo el de una gobernanta o enfermera, antes que el de una compañera. Tuvieron cinco hijos, todos entregados a la Inclusa.

ignoro, todas mis cartas han pasado hasta ahora por sus manos. Siempre se ha mostrado ávido de verlas y conservarlas; de las que he escrito, pocas han llegado a su destino, y casi todas las recibidas habían sido abiertas, y probablemente suprimidas aquellas de las que hubiese podido obtener alguna aclaración. Y no debo olvidar dos pequeños detalles: uno, que la primera noche después de nuestra partida de París, estando los tres acostados en la misma habitación, oí durante la noche a David Hume exclamar varias veces a plena voz: «¡Tengo a J.-J. Rousseau!», lo cual entonces sólo podía interpretar favorablemente; sin embargo, había en el tono un no sé qué alarmante y siniestro que jamás olvidaré. El segundo detalle tuvo que ver con una especie de expansión confidencial que tuve con él a raíz de una carta, como ahora os contaré. Yo había escrito por la tarde una carta a *madame* de Chenonceaux²⁸. Él estaba muy ansioso por saber qué escribía yo, y casi no podía abstenerse de intentar leerlo. Cerré mi carta sin enseñársela: me la pidió ávidamente, diciendo que la haría llevar al día siguiente al correo; se la tuve que dar y la dejó sobre su escritorio. Llegó entonces *Lord* Newnham. David salió un momento, no sé por qué. Recuperé mi carta diciendo que la enviaría al día siguiente, y *milord* Newnham se ofreció a incluirla en la valija diplomática del embajador de Francia, lo cual acepté. Al tiempo que *lord* Newnham escribía el sobre y sacaba su sello, David me ofreció el suyo con tal solicitud que fue imposible no darle la preferencia. Tocan la campanilla, *lord* Newnham²⁹ da la carta al criado para que la lleve inmediatamente a casa del embajador. Me dije para mis adentros: «Estoy seguro de que David va a salir detrás del criado». No perdió la ocasión, y apostaría hasta el último céntimo a que mi carta no fue entregada, o al menos sin ser antes abierta.

—En la cena, lanzaba alternativamente sobre *mademoiselle* Le Vasseur y sobre mí unas miradas que me asustaron... Cuando ella subió a acostarse a la especie de perrera que le habían destinado, estuvimos un rato sin decir nada mientras él me miraba del mismo modo que antes. Quise hacerle, a mi vez, lo mismo, pero no pude sostener su espantosa mirada: sentí cómo mi alma se turbaba, presa de una emoción horrible. Finalmente prevaleció el remordimiento de estar juzgando a un gran hombre como aquél sólo por apariencias: me precipité en sus brazos, llorando y exclamando: «¡No, David Hume no es un traidor, eso no es posible, y si no fuese el mejor de los hombres, para hacerse pasar por tal tendría que ser el más odioso de ellos!».

²⁸ Parece tratarse de Louise-Marie DUPIN DE CHENONCEAU (1706-1799), habitualmente llamada *madame* Dupin, su apellido de casada, pero también a veces *madame* de Chenonceaux o «la castellana de Chenonceaux» al hacerse su marido con la propiedad del castillo de ese nombre. En el *hôtel* Lambert de París, el palacete en el que vivían la mayor parte del tiempo, Madame Dupin mantuvo un salón frecuentado por la crema social e intelectual: Montesquieu, Voltaire, Moreau de Maupertuis, Condillac, el abate Prevost, Marivaux, entre otros. En 1746 contrató a Rousseau como secretario y escribano personal, puesto en el que estuvo hasta 1751, conservando después una buena relación con el matrimonio Dupin.

²⁹ Probablemente, George Simon de HARTCOURT, *lord* NEWNHAM (1701-1777), diplomático inglés.

Él, ante todo esto, en lugar de mostrarse afectuoso conmigo o de enfadarse, en lugar de pedirme explicaciones, se quedó tan tranquilo, respondió a mis efusiones con frías caricias dándome golpecitos en la espalda y diciendo varias veces: «¡Mi querido señor! ¿Qué tiene usted, mi querido señor?». Confieso que ese modo de recibir mi expansión sentimental me chocó más que todo lo restante. Partí al día siguiente hacia esta comarca³⁰, donde he recogido datos nuevos, he reflexionado sobre ellos, los he re combinado y he sacado conclusiones, a la espera de la muerte.

—Tengo mis facultades en un estado de tal alteración que no me permite hablaros de otra cosa... ».

Considera entonces «el triunvirato de Voltaire, d'Alembert y Hume como cosa cierta». El 23 de junio escribe a Hume: «Os conozco, señor, y vos no lo ignoráis... Apparentemente me habéis traído a Inglaterra para proporcionarme un refugio, pero en realidad ha sido para deshonrarme», y el 10 de julio le envía una carta de quince páginas donde repite las mismas interpretaciones que hacía en marzo. A raíz de esos incidentes, Hume «se inclina a pensar que Rousseau es una de esas mentes débiles que fluctúan continuamente entre la razón y la locura»; más tarde le calificará de *real and complete madman*. Para Diderot, Jean-Jacques es «un loco furioso»; para Voltaire, «*mentis non compos*»³¹. Madame de Boufflers reprocha a Hume, y con razón, haber divulgado su pelea con «un desgraciado extraviado por sus pasiones y un temperamento atrabilionario. Vuestro comportamiento ha terminado por alterarle y hacerle perder la razón».

Convencido de que sus enemigos quieren impedirle toda comunicación con el continente y hacerle morir, acusando a uno de sus primos «de actuar secretamente al dictado de Hume, y de ser capaz de condenar su alma por el buen David», sospechando incluso de Teresa, Rousseau está en Wootton en alerta permanente hasta mayo de 1767. «Han desplegado una gran vigilancia dirigida hacia sus papeles (las *Confesiones*); es una de las principales razones por las que le tienen tan cuidadosamente controlado». Finalmente huye enloquecido, sin dinero³², sin equipaje y equivocándose de dirección.

³⁰ Desde marzo de 1766 hasta el 30 de abril de 1767, Rousseau se instaló en unas habitaciones de la mansion de Richard Davenport (1707-1806), Wootton Hall, en la campiña del Derbyshire. Allí escribió muchas páginas de las *Confesiones*. Los incidentes con su huésped y con Hume no tardaron en reaparecer, agudizados por sus falsas interpretaciones y por las torpezas de Teresa Le Vasseur. Finalmente, tras serle concedida por el rey Jorge III una pensión de cien libras esterlinas anuales, Rousseau volvió al continente en mayo de 1767.

³¹ En latín en el original: 'No es dueño de su mente'

³² No tan sin dinero: el 26 de marzo Rousseau había escrito una carta al general Conway —en términos absolutamente correctos, por cierto— agradeciéndole la pensión concedida por el rey de Inglaterra. La siguiente carta que se menciona, también a Conway, la escribe en tono enloquecido desde Dover a primeros de mayo.

En Dover escribe al general Conway: «Quiero salir de Inglaterra o de la vida; y bien percibo que no me dejarán elegir. Las siniestras maniobras que veo me anuncian la suerte que me espera en cuanto haga intención de embarcar».

«Llegado al puerto [de Dover], los vientos no eran favorables: en un hecho tan corriente no vio sino un complot, órdenes superiores para retrasar su partida. Aunque no hablaba su misma lengua, se subió a una pequeña elevación del terreno y soltó una arenga a las gentes, que no entendieron nada de su discurso. Por fin el viento lo permitió y partieron» (Régis).

Llegado a Francia, como «temía que su nombre le siguiese la pista», Rousseau toma el de «*monsieur Jacques*». Acepta la invitación de *monsieur* de Mirabeau y va a Fleury-sous-Medoun, «a pesar del extraño tono y los singulares giros de las cartas que este señor le envió a Wootton»; pero dándose cuenta muy pronto de que «tratan de ocultarle todo lo que ocurre a su alrededor», abandona rápidamente ese refugio y va a instalarse en junio de 1767 a Trye, cerca de Gisors, en casa del príncipe de Conti, en el más estricto incógnito, a la espera de despistar a sus persecutores. Toma el seudónimo de Renou y pide a quienes le escriben que no aparezca de ningún modo la palabra Rousseau en sus cartas. Pero «¿dónde no iban a estarle esperando sus enemigos?»: desde los primeros días de su llegada, «incitan contra él a toda la casa del príncipe, a los sacerdotes, a los campesinos, a toda la comarca»; le toman por un espía; pronto se ve «sumergido en mares de indignidades e iniquidades». Al morir súbitamente uno de los empleados del castillo, Rousseau suplica al príncipe de Conti que «le haga abrir»³³ para prevenir que dirijan contra él cualquier sospecha. Se imagina también que le acusan de haber querido envenenar a su amigo du Peyrou, que cayó enfermo estando en su casa. En ocasiones parece tener aún conciencia de su trastorno mental: «Empiezo a temer a veces, tras tantas desgracias reales, sentir otras imaginarias que puedan actuar sobre mi cerebro» (marzo de 1768). Pero las interpretaciones persisten sin menoscabo de su actividad. El intendente Manoury, «ese canalla, a quien su amo había encargado que le protegiese, se convirtió en ejecutor del plan de las personas que le tenían a su merced; mediante enredos, le privó de la única distracción que tenía, la herborización; lanzó sobre él al populacho de las aldeas vecinas». Jean-Jacques llegó a dudar de du Peyrou, su mejor amigo: «Después de la singular manera con que os he visto tratar en toda clase de circunstancias a éste que no tenía otro amigo en el mundo sino vos, que sólo confiaba en vos... Os confieso que considerando todo eso, me veo forzado a concluir una de estas dos cosas: o que durante todos estos años mal he conocido vuestro corazón, o que se han operado terribles cambios en vuestra cabeza» (abril de 1768). Finalmente, las maniobras de los criados del castillo le obligan a huir: «¡Un canalla de su especie no puede residir entre personas honestas!». En junio de 1768 se dirige desde Normandía hacia Suiza,

³³ Es decir, que ordene la autopsia del cadáver.

«más preocupado aún por lo que le acababa de pasar en Trye, al imaginarse la continuación y los efectos de aquello que le esperarían en Grenoble».

«Desde que partí de Trye, escribe en julio a Teresa³⁴, tengo pruebas que día a día se hacen más ciertas de que el ojo vigilante de la malevolencia no se me quita de encima ni un paso, y me espera en la frontera... De que mis enemigos están echando el resto, porque vivir rodeado sin cesar de sus aduladores y bribones satélites es para mí un estado peor que la muerte». — «No penséis que conservo la loca esperanza de encontrar un refugio apacible donde esté al abrigo de trampas secretas, de insultos y afrentas. No, ya no espero piedad ni conmiseración de nadie... Ya que así lo quieren, renuncio a las delicias del reposo, al entretenimiento de la botánica. Ya que quieren que sea torturado, antes me torturaré recorriendo el mundo que dándoles ocasión de tender a gusto sus emboscadas en los lugares donde saben que me gustaría establecerme. Iré sin cesar errante de un sitio a otro... iré mendigando el pan y moriré sin un lamento cuando ya no lo encuentre» (Carta a *monsieur* Servan, de 21 de agosto de 1768).

«Después de diversas idas y venidas que terminan de convencerle de hay una firme determinación de no dejarle tranquilo en ningún lugar, rendido por la fatiga toma la decisión de detenerse» en Bourgoin (septiembre de 1768). Permanece en el Delfinado, sea en Bourgoin, sea en Monquin, hasta 1770. No cesan de hostigarle, pues sus enemigos dirigen sus baterías hacia cualquier sitio por donde tenga que pasar. Con el fin de crearle fama de bribón, las intrigas de los ingleses, de los hombres de letras y de otros de posición más elevada, causan que tenga un mal asunto con un tal Thevenin, vil impostor que pretende haberle prestado dinero. El 3 de septiembre de 1768, refiere lo siguiente:

«Habiendo estado enfermo y teniendo que detenerme aquí durante unos días en una posada, en lo más crudo de mis congojas me distraje escribiendo rápidamente unas líneas a lápiz en el dorso de la puerta, que luego olvidé borrar al dejar mi habitación para ocupar otra más grande, de dos camas, con mi mujer³⁵. Otros huéspedes malintencionados, a mi entender, encontraron esos garabatos, borraron algunas palabras y añadieron otras, y lo transcribieron para hacer qué sé yo que uso de ello. Os envío una copia exacta

³⁴ [Nota de *Sérieux y Capgras*] Es posible que Teresa hubiese contribuido a reforzar las convicciones delirantes de Rousseau (*ifolie à deux?*). En efecto, veamos lo que dice de ella: «A menudo, tanto en Suiza, Inglaterra o Francia, inmerso en las catástrofes en que me hallaba, ella veía lo que no veía yo mismo; [...] me ha sacado de situaciones peligrosas a las que ciegame me precipitaba».

³⁵ Falta texto en este párrafo del original. Reconstruimos esta parte de la carta, dirigida «A una dama de Lyon», consultando la versión facsímil de las obras completas de Rousseau en la página web de la Biblioteca Nacional de Francia: <http://perso.orange.fr/dboudin/Rousseau/Html/00Table/annee/1768.html>. Los dos «p...» a los que se refiere líneas más abajo son d'Alembert y Grimm, según está anotado al pie en dicha edición.

de dichas líneas, con el fin de que vuestros señores hermanos puedan y tengan a bien constatar las falsificaciones que pudiesen llegar a hacerse, y en caso de que se difundan.

*Sentimientos de la gente hacia mí,
según los distintos estamentos que la componen*

- «[...] Los magistrados me odian a causa del mal que me han hecho.
- »Los filósofos, a quienes he desenmascarado, quieren perderme a cualquier precio; y lo lograrán [...]
- »Los presbíteros, vendidos a los filósofos, me ladran para hacerles la corte.
- »Los espíritus elevados perciben mi superioridad y se vengan insultándome.
- »El pueblo, al que idolatré, sólo ve en mí a un carcamal anticuado y decrépito.
- »Las mujeres, engatusadas por esos dos fríos p..., que encima las desprecian, traicionan al hombre que mereció lo mejor de ellas [...]
- »Los escritores me plagian y abominan de mí, los bribones me maldicen y la canalla me abronca a gritos [...]
- »Voltaire, a quien quito el sueño, parodiará estas líneas. Sus groseras injurias son un homenaje que se ve forzado a hacerme a su pesar».

Perseguido en toda Europa, desearía acabar sus días en América o en las islas del Archipiélago, esperando que tengan a bien dejarle allí tranquilo, «cosa —añade— en la que creo haber concebido demasiadas ilusiones». Solicita un pasaporte pero le hacen esperar para tener tiempo de conspirar cómodamente. Por un momento se plantea si no haría bien volviendo a Inglaterra, «donde, por esta vez, no sería esperado». Duda enseguida si dirigirse a los montes Cevennes. Se queda finalmente en Bourgoin, en estado de inquietud casi perpetua, no olvidándose de sus desgracias salvo cuando salía a herborizar. Sus interpretaciones se hacen más activas cada día que pasa. Imprimen falsos escritos y se los atribuyen, roban sus cartas y sus manuscritos; escogen sus peores páginas e incluyen «esos desechos, esos limpia-culos» en la recopilación de sus obras (febrero de 1769)... Le quitan cualquier clase de tinta que resulte legible y la que le dejan se vuelve invisible sobre el papel. A su esposa y a él se les entrega a un bandido mujeriego que les inflinge multitud de atroces ultrajes. Buscan inducirle al suicidio. Acusa a su amigo Moulou de vacilar en sus sentimientos, que hasta entonces él había tenido por inquebrantables. Sospecha incluso de Teresa: «Estáis muy a gusto con todo el mundo menos conmigo, le escribe, a todo el que se os acerca le hacéis confidencias menos a mí. Por no hablar de otras cosas» (agosto de 1769). La historia de una excursión al monte Pilá en que, ceremoniosamente, como si fuese el Sancho Panza del grupo, le dieron por lecho un jergón relleno de pulgas, ha recorrido hasta el último rincón de Francia y pronto llenará toda Europa de estruendosas carcajadas (octubre de 1769).

Desde el 9 de febrero de 1770 fecha la mayor parte de sus cartas de un modo singular:

17 $\frac{9}{2}$ 70

y las comienza con esta cuarteta:

¡Qué pobres ciegos somos!
Que el Cielo desenmascare a los impostores
Y obligue a sus feroces corazones
A abrirse a la mirada de los hombres.

El 17 de febrero de 1770³⁶, a la edad de cincuenta y ocho años, escribió a *Monsieur* de Saint-Germain la elocuente carta de veinte páginas en la que desarrolla la sistematización de su delirio. Veamos algunos extractos:

«Aunque mi agudeza, muy roma de nacimiento pero aguzada ahora a fuerza de ejercitarse entre tinieblas, me permita adivinar con bastante precisión multitud de cosas que se esfuerzan por ocultarme, este oscuro misterio sigue aún envuelto en un velo para mí impenetrable; pero a fuerza de indicios combinados y comparados, a fuerza de medias palabras cazadas al vuelo, a base de recuerdos borrados que vuelven a mí por casualidad, atribuyo a Grimm y a Diderot el ser los autores iniciales de toda la trama. Les he visto comenzar, hace más de dieciocho años, maniobras de las cuales nada comprendí pero que con certeza me parecieron encubrir algún misterio, por lo que no me inquieté demasiado porque, apreciándoles de todo corazón, creía que ellos me tendrían igual aprecio. ¿A qué han conducido aquellos tejemanejes?: ese es otro enigma no menos oscuro. Lo que muy razonablemente puedo suponer es que debieron componer algunos abominables escritos cuya autoría me atribuyeron. Y además, como no es muy natural que se hubiesen tomado por míos sólo por decirlo ellos, habrá sido preciso que hayan incluido cosas verosímiles, sin olvidarse de imitar el estilo y la letra [...]

»Los holbachianos pusieron en marcha sus maquinaciones mediante d'Alembert [...] Es fácil imaginar cómo *monsieur* de Choiseul se asoció con la liga para este asunto en particular y cómo se hizo jefe del mismo, con lo que desde entonces su éxito se convirtió en algo indefectible, apoyado en maniobras subterráneas cuyo plan, probablemente, se debió a Grimm. Este complot pudo tramarse de otro modo; pero del siguiente modo es como los indicios, a mi entender, casan mejor. Antes de intentar cualquier cosa dirigida al público, era preciso alejarme previamente, sin lo cual el

³⁶ La carta en cuestión está fechada el 26 de febrero.

complot corría a cada instante el riesgo de ser descubierto, y su autor desenmascarado. El *Emilio* les proporcionó los medios, y fue todo dispuesto para asustarme mediante un decreto conminatorio, al que sin embargo nadie puso pegas hasta después de que yo hubiese tomado la decisión de salir huyendo [...] Parece que desde entonces el plan fue acordado entre *madame* de Bouffleurs y *monsieur* Hume para tenerme a su merced. Ella no ahorró ninguna cosa con tal de enviarme a Inglaterra. Yo me resistí y quise marchar a Suiza. Eso no era lo que interesaba a la liga, la cual maquinó hasta conseguir, aun con dificultades, que me expulsasen de allí. Nuevas y más enfáticas solicitudes para que me fuese a Inglaterra, nuevas resistencias por mi parte. Partí para encontrarme con el *milord* mariscal en Berlín. La liga se dio cuenta al instante de que llegado allí podría escapar de ellos. Su complot se hubiese convertido en humo si no me hubiesen tendido tantas trampas en Estrasburgo que, finalmente, caí en una de ellas, me dejé entregar a Hume y partí con él hacia Inglaterra, donde me esperaban desde hacía tanto tiempo. Desde ese momento me tuvieron en su poder; ya no podría escapar de ellos [...]

»Los dieciséis meses que pasé allí no fueron tiempo perdido para la liga: a mi vuelta encontré a Francia y a Europa totalmente cambiadas respecto a mí; y mis ideas preconcebidas y mi estupidez fueron tales que, en exceso afectado por las manipulaciones de David Hume y sus adláteres, me obstinaba en buscar en Londres la causa de las indignidades que sufría en Trye [...]

»Por fin ese complot, dirigido con tanta habilidad y secreto, está en plena ejecución. ¿Qué estoy diciendo? Ya está consumado: heme aquí convertido en el desprecio, la risión y el horror de esta misma nación de la que, hace diez años, recibía estima, afabilidad y, me atrevería a decir, consideración; y este cambio prodigioso, aunque operado sobre un hombre del pueblo, será sin embargo la mayor obra realizada por el ministerio de *monsieur* de Choiseul [...]

»Para saciar mejor su sed de venganza, no ha querido ni mi muerte, que hubiese puesto fin a mis desgracias, ni mi cautiverio, que al menos me habría brindado reposo. Ha comprendido que para un alma valerosa y ardiente de amor por la gloria el mayor suplicio sería el desprecio y el oprobio, y que no habría para mí peor tormento que el de ser odiado; hacia ese doble objetivo dirigió su plan. Se ha empleado a fondo en describirme como un monstruo aterrador; ha coordinado en secreto el procedimiento para lograr mi difamación; ha hecho que en todas partes me controlasen sus cómplices; ha logrado que estos me arrastraran por el fango; me ha convertido en la risión del populacho y el juguete de la canalla. Para aplastarme aún mejor con el odio público, ha puesto todo el cuidado en provocarlo a través de las burlonas amabilidades de los bribones que por orden suya me han rodeado; y, como último refinamiento, lo ha hecho de modo que los cuidados y las atenciones parecen seguirme por todas partes, con el fin de que cuando, herido por los ultrajes, formule yo algunas quejas, parezca ser un hombre que no está a gusto consigo mismo y que se queja de los demás porque está descontento de sí [...]

»Nada se ha omitido para llevar a cabo tan noble empresa: todo el poder de un gran reino, todos los talentos de un ministro intrigante, todas las astucias de sus satélites, toda la vigilancia de sus espías, la pluma de los escritores, la lengua de los demagogos, la captación de mis amistades, el apoyo a mis enemigos, las malignas investigaciones sobre mi vida para ensuciarla, sobre mis palabras para envenenarlas, sobre mis escritos para falsificarlos; el arte de la corrupción, tan al alcance del poderoso, el de hacerme odioso en todos los órdenes, el de calumniarme en todos los países [...]

»En fin, nada se ha descuidado para desfigurarme en cualquier aspecto y hasta los extremos más inimaginables, para hacer desaparecer aquellos retratos míos que se me parecían y para repartir con gran algarabía otro en el que se me atribuye un aire feroz y un semblante de cíclope. A tan atractivo retrato lo emparejan con el de David Hume, quien realmente tiene cabeza de cíclope pero a quien representan con un aspecto encantador. Así como pintan nuestras caras, retratan nuestras almas con igual fidelidad. En una palabra: los detalles que contempla la ejecución del plan que me concierne son infinitos, inconcebibles [...]

»Una vez llegados a este punto, el resto marcha por sí mismo y sin la menor dificultad. Los encargados de manipularme no encuentran ya obstáculos. Los enjambrados de espías malevolentes y vigilantes de los que estoy rodeado saben cómo tienen que llevar el asunto. Si hay algo bueno, se guardarán de decirlo o se esmerarán en disfrazarlo; si hay algo malo, lo agravarán; si no lo hay, se lo inventarán. Pueden cargarme cualquier cosa a su gusto; no tienen miedo de encontrarse allí conmigo ni de que pudiese entonces desmentirlos. Cada uno quiere tomar parte en la fiesta y presentar el ramillete más bonito. Desde que se ha convenido en que soy un hombre tenebroso, se me atribuyen falsamente toda clase de crímenes. Quien ha cometido uno puede cometer un centenar, y veréis cómo pronto iré por ahí violando, incendiando, envenenando, asesinando a derecha e izquierda sencillamente por gusto, sin que me estorbe la multitud de vigilantes que no me pierden de vista, sin parar mientes en que los techos que me cubren tienen ojos, que las paredes que me rodean tienen oídos, que no doy un sólo paso que no sea contado, no muevo un dedo sin que sea anotado, y todo eso sin que en ningún momento nadie haya tenido la caridad de prevenir a la fuerza pública para que me impida continuar todos esos horrores que se contentan con ir tranquilamente apuntando. Pero no importa, ya que de lo que se trata es de imputarme grandes crímenes, así que os garantizo que *monsieur* de Choi-seul será poco exigente en cuanto a pruebas, y que después de mi muerte todas estas estupideces se convertirán en hechos incontrovertibles, porque *monsieur* tal y *monsieur* cual, *madame* de esto y *madame* de lo otro, todos ellos gentes de la mayor probidad, así lo habrán atestiguado y yo no voy a resucitar para contradecirlos [...]

»No, no seré acusado en absoluto, ni detenido, ni juzgado, ni castigado, aparentemente; pero se dedicarán, sin que lo parezca, a hacerme la vida insoportable, cien veces peor que la muerte; no me quitarán la vista de encima; no daré un paso sin ser

seguido; me hurtarán cualquier modo de enterarme de nada, de lo que me concierne y de lo que no me concierne; se me impedirá acceder a las noticias más intrascendentes y hasta a los cotilleos; se impedirá que lleguen a su destino mis cartas y paquetes, salvo los dirigidos a quienes me traicionen, y se bloqueará mi correspondencia con cualquier otra persona. La respuesta universal a todas mis preguntas será que no se sabe; en cualquier reunión a la que llegue, nada se dirá; las mujeres no tendrán lengua, los barberos serán discretos y poco habladores; viviré en el seno de la nación más locuaz como si estuviera en un pueblo de mudos. Si viajo, se preparará todo de antemano para disponer de mí allá donde quiera ir; se me pondrá bajo vigilancia de otros pasajeros, de los cocheros, de los taberneros; a penas encontraré quien comparta conmigo la mesa en los albergues, a penas hallaré un alojamiento que no esté aislado; en fin, ya tendrán cuidado de contar tales horrores sobre mí a lo largo de mi camino de modo que a cada paso que dé, con cada cosa que vea, mi alma se desgare: lo que no es óbice para que, tratándome como a Sancho, no reciba por todas partes cientos de burlonas reverencias con otras tantas manifestaciones de respeto y admiración: esa clase de cortesía de los tigres, que parecen sonreiros en el momento en que van a destrozaros [...].»

En julio de 1770 Rousseau deja el campo, donde «está completamente a merced de la gente que le manipula», y vuelve a París «para vivir al alcance de la vista de un magistrado íntegro y alerta» (*monsieur* de Sartine). Usa de nuevo su nombre auténtico. Durante los primeros meses le dejan tranquilo y empieza sus cartas con la divisa «*Post tenebras lux*». Pero pronto vuelve a caer sobre él «el sombrío velo del inaudito complot por el que se ve envuelto». Da entonces lectura a sus *Confesiones* «para descubrir y desactivar la gran conspiración». Imaginando que sobre esta obra se ha desplegado una gran vigilancia con el fin de destruirla, permite a su auditorio enviar extractos a los periódicos. Distribuye entre diversas personas una circular en la que «declara que todos los libros antiguos o nuevos que se están imprimiendo o se imprimirán a partir de ahora con su nombre y sea donde sea, serán falsos o habrán sido alterados, mutilados y falsificados con la más cruel malignidad por sus perseguidores». A una condesa que solicita verle le responde: «Alguien que sólo tenga interés en ver al rinoceronte debe ir, si tal quiere, a la feria y no a mi casa; y toda la burlona cortesía con que se sazona esa insultante curiosidad no es más que otro ultraje añadido». Incluso desvirtúa el éxito de sus obras: el entusiasmo del público ante la reposición de *El adivino...* prueba que «esta pieza ha sido robada completamente por ese que se la atribuye». Está «encerrado en vida en un ataúd». Lamenta la muerte de Luís XV: los franceses tenían dos blancos para su odio y ahora lo van a concentrar sólo sobre él. «Para hablar de su destino haría falta un vocabulario completamente nuevo que sólo hubiese sido hecho para él».

Los *Diálogos*, escritos de 1773 a 1777 (entre los sesenta y uno y los sesenta y cinco años de edad), especie de informe justificante, y que, por su belleza formal y la altura de sus ideas, testimonia que la potente inteligencia de Rousseau conserva su

vigor, esos *Diálogos* están repletos de ideas delirantes, de interpretaciones extrañas numerosas veces repetidas. Los horrores que Jean-Jacques preveía en su carta a *mon-sieur* de Saint-Germain se han realizado. «Es el objeto del desprecio, de la risión pública, en toda Europa se le presenta como el más crapuloso, el depravado más vil que pueda existir, podrido de viruelas, ladrón, envenenador, asesino; el término *malvado* no es lo suficientemente abyecto para este monstruo, el de *canalla* expresa mejor la bajeza y la indignidad de su alma [...]. Es bien conocido como un sátiro tan impúdico que hasta en las mismas casas a donde se le intentaba atraer a su llegada a París, en cuanto él aparecía hacían retirarse a las hijas de los anfitriones para no exponerlas a la brutalidad de sus palabras y sus modales». Sus enemigos «han encontrado el modo de ganarse uno tras otro a todos los individuos que ha sido necesario: los notables, los escritores, los médicos (esto no era difícil), todos los hombres poderosos, todas las mujeres galantes, todas las corporaciones profesionales, todos los que disponen de la Administración, todos los que controlan la opinión pública». Se toman un cuidado especial en propagar entre los jóvenes un «odio inveterado» hacia Jean-Jacques. «La misma policía es cómplice del complot para engañar a la gente».

«Todos aquellos hechos de su vida cotidiana que parecerían accidentales y fortuitos —escribe— no son sino fases sucesivas planeadas de antemano y coordinadas de tal modo que cualquier cosa que le haya de ocurrir a causa de alguno de ellos tiene ya un lugar en el tablero y no producirá su efecto hasta el momento previsto».

Más adelante habla Jean-Jacques acerca de cómo le miran en público. «Sólo el aire con que le miran cuando pasea por las calles ya muestra ostentosamente esa disposición que ocultan y disimulan a veces quienes se cruzan con él, pero que asoma y se hace notar mal que les pese. Por la oficiosidad grosera y fisgona al pararse a saludarle, por su modo de volverse, de mirarle fijamente, de seguirle, por el cuchicheo burlón que dirigen contra él junto a sus impúdicas miradas, menos se les tomaría por personas honestas que tuviesen la desdicha de toparse con un monstruo espantoso, que por un hatajo de bandidos, felices de tenerle a tiro, y que considerasen un entretenimiento digno de ellos burlarse de su desgracia. Véanle entrar al teatro, rodeado al instante por un apretado círculo de brazos extendidos y de bastones, ¡en el que se imaginarán ustedes lo a gusto que estaría! ¿Para qué sirve esa barrera? Si él quisiera forzarla, ¿resistiría? No, sin duda. ¿Para qué sirve entonces? Únicamente para proporcionarles la diversión de verle encerrado en semejante jaula y hacerle sentir a base de bien que todos los que le rodean se dan el gusto de ser, respecto a él, tanto carceleros como policías. ¿Acaso es por bondad que no dejan de escupir sobre él cada vez que pasa a su alcance y sin que pueda verles hacerlo? Enviar el vino de honor³⁷ al mismo hombre a quien se escupe es hacer el honor aún más cruel que el

³⁷ Antigua costumbre francesa consistente en que los ayuntamientos o corporaciones enviaban vino a los personajes notables.

ultraje. Todas las muestras de odio, de desprecio, incluso de ira, que se pueden dar tácitamente a un hombre sin añadir un insulto franco y directo, le son prodigadas en todas partes [...].»

«A fuerza de ultrajes sangrientos pero tácitos, a fuerza de impertinencias, de cuchicheos, de mofas, de miradas crueles y feroces o insultantes y burlonas, han conseguido echarle de toda reunión, de todo espectáculo, de los cafés, de los paseos públicos; su objetivo es echarle finalmente de las calles, encerrarle en casa, tenerle allí cercado por sus cómplices y hacerle al fin la vida tan dolorosa que no la pueda ya soportar³⁸».

Interpretaba los hechos más mínimos: «En cuanto se instala en cualquier lugar, lo que siempre conocen por adelantado, las paredes, los techos, los suelos, las cerraduras, todo se ha dispuesto a su alrededor con la finalidad que se han propuesto, y no se olvidan de proporcionarle un vecindario conveniente, es decir, de soplones venenosos, de hipócritas hábiles y de muchachas galantes con la lección bien aprendida. [...] Se toma nota de todos los que va a verle; para ello han puesto en la calle a un vendedor de cuadros, justo frente a su puerta, la cual además procuran siempre que esté cerrada para que quienes quieran entrar en casa de él se vean forzados a dirigirse a los vecinos, que tienen instrucciones y obedecen órdenes. [...] Si entra en un lugar público le miran y le tratan como a un apestado: todo el mundo le rodea y no le quita ojo pero apartándose de él y sin hablarle, sólo para ponerle una barrera; y si él se atreve a hablar y se dignan responderle, siempre es con mentiras o eludiendo sus preguntas con un tono tan rudo y despreciativo que pierde las ganas de hacerlas. En el vestíbulo del teatro se esmeran en recomendarle a quienes están a su alrededor, pero también le colocan siempre al lado a un guardia o un sargento, lo cual habla así claramente de su condición de vigilado sin tener que decir nada. Le han presentado, señalado y recomendado en todas partes a los funcionarios, a los subalternos, a los guardias, a los policías secretos, a los deshollinadores, en todos los espectáculos, en todos los cafés, a los barberos, a los comerciantes, a los mercaderes ambulantes, a los librereros. Si buscaba algún libro, un almanaque, una novela, se habían agotado en todo París; manifestar el más mínimo deseo de encontrar cualquier cosa es para él el método infalible para hacerla desaparecer. A su llegada a París buscaba doce cancioncillas italianas que hizo imprimir una veintena de años antes [y que había compuesto él, igual que compuso *El adivino del pueblo*]³⁹; pero la recopilación, las

³⁸ [Nota de Sérieux y Capgras] «Casi todas sus persecuciones, dice J. Lemaître, se explican por la curiosidad que las gentes sentían hacia él y las medidas dispuestas por la policía para protegerle de dicha curiosidad». [Probablemente en: Jules LEMAÎTRE (1907), *Jean-Jacques Rousseau*, París, Calmann-Lévy].

³⁹ El texto entre corchetes falta en el original de Sérieux y Capgras y nos parece necesario para entender el párrafo. En esta y otras ocasiones, lo completamos consultando la edición de las obras de Rousseau más arriba mencionada.

partituras, las planchas de imprenta, todo había desaparecido, todo reducido a la nada desde ese instante, sin que nunca haya podido recuperar un sólo ejemplar».

«A fuerza de pequeños controles multiplicados, en esta ciudad inmensa ha llegado a la situación de estar siempre a la vista del populacho, que le mira con horror. Si quiere cruzar el río frente a las Cuatro Naciones⁴⁰, ningún barquero querrá pasarle aunque pague la barca entera. Si quiere sacar brillo a sus zapatos, los limpiabotas le negarán con desprecio sus servicios, sobre todo los del barrio del Temple y los del Palais Royal. Entra en los jardines de las Tullerías o de Luxemburgo, y los que expenden los billetes en la puerta tienen orden de hacerle pasar con la más ultrajante afectación o incluso de negarle la entrada abiertamente, y todo esto no lo llevan a cabo sólo por la importancia que pueda tener la cosa en sí, sino para llamar la atención sobre él, para ponerle en evidencia, para que la gente le aborrezca cada vez más».

«[...] ni un sólo papel, sea grande o pequeño, ni una nota aunque sea de un par de líneas pueden salir de sus manos sin caer en ese mismo instante en poder de gente que esta allí con el encargo de apoderarse de todo. [...] Están informados de los lugares donde se provee de los artículos necesarios para su subsistencia, y procuran que por el mismo precio se los den de mejor calidad, es decir, más caros⁴¹. [...] su falta de dignidad [por aceptarlo] y la generosidad de nuestros nobles circulan así entre el pueblo, de modo que se consigue hacerle abyecto y despreciable pareciendo no buscar sino su bienestar o hacerle feliz aunque él no quiera. Si comete un error en las cuentas, siempre habrá sido a propósito: si a su favor, por sinvergonzonería; si en su contra, será una argucia». Si tratan de asegurarle lo imprescindible, e incluso alguno de los pequeños placeres de la vida, «quieren verle hartarse con el pan de la ignominia y la copa del oprobio». Se traga las afrentas como el agua. En Amiens le ofrecen el vino de honor; en el Temple, el príncipe de Conti le enviaba sus músicos a la hora de levantarse; en Londres los tambores de la guardia venían a tocar a su puerta: «atenciones burlonas e irrisorias», muestras de respeto destinadas a hacerle «aún más ridículo a los ojos del populacho». Soportando «desde hace quince años indignidades inauditas hasta ahora para los humanos», pide jueces, pero se le niega cualquier explicación.

Cuando Rousseau terminó los *Diálogos*, desconfiando de los libreros decidió depositar una copia en el altar de alguna iglesia. Para planear con detalle la ejecución de su propósito fue varias veces a ver la disposición del coro de Notre-Dame, después metió el manuscrito en un sobre y le puso una inscripción, «Confiado en depósi-

⁴⁰ Se refiere al Collège des Quatre Nations, hoy Biblioteca Mazarino (Institut de France), en París. Situado al otro lado del Sena, frente al Louvre, hasta 1804 no se unieron ambas orillas a esa altura mediante la construcción del *Pont des Arts* (puente de las Artes).

⁴¹ [Nota de Sériveau y Capgras] «Recuerdo deformado de una delicada atención de *Madame* de Luxembourg que había recomendado al tendero de Montmorency que le hiciese un descuento a Rousseau y le cargase a ella la diferencia» (J. Lemaître).

to a la Providencia», y se fue a Notre-Dame. Allí se sorprendió mucho al encontrarse ante una verja en la que previamente no había reparado y que rodeaba el coro; la verja estaba cerrada. Al ver esto sintió como un vértigo: muy alterado, llegó a preguntarse si el mismo cielo no estaría participando en las iniquidades que contra él cometían los hombres. Recuperado de tal impresión, hizo una nueva copia de su manuscrito y lo llevó a un «hombre de letras» amigo suyo, después hizo una tercera copia para un inglés, pero no llegó a encontrar un depositario que no se convirtiese enseguida en sospechoso. Escribió entonces un folleto, *A todo francés que ame aún la justicia y la verdad*, hizo varias copias e intentó distribuirlo por calles y avenidas entre los desconocidos cuya fisonomía le pareció agradable, pero «casi nadie aceptó cogerlo».

En los últimos años de su vida la psicosis se atenúa, sin desaparecer, bajo la influencia de la involución senil. Régis ha puesto en evidencia con claridad las modificaciones aportadas al delirio por la arterioesclerosis: «En la auto-observación dejada por Rousseau a este respecto, dice Régis⁴², tenemos el impresionante retrato de una fase de regresión morbosa del cerebro: «Mi imaginación, ya no tan viva, no se inflama como antaño ante la contemplación de los objetos que la estimulan, ya no me embriago tanto con el delirio de la ensoñación. Hay más de reminiscencia que de creación en lo que ahora produce; una tibia languidez enerva todas mis facultades; el espíritu de la vida se va extinguendo en mí gradualmente; mi alma ya sólo se lanza con muchas dificultades hacia afuera de su caduca envoltura, y sin la esperanza del estado al que aspiro porque me siento con derecho a ello, yo ya no viviría más que de recuerdos»⁴³.

Pese a esa decadencia presenil, Rousseau escribe *Las ensoñaciones [del paseante solitario]*, «el más bello (con las *Confesiones*), el más original de sus libros». En él encontramos las mismas preocupaciones penosas y, aquí y allá, nuevas interpretaciones. Durante sus paseos, le agradaba contemplar las labores de los campesinos, ver a las mujeres sentadas a la puerta con sus niños⁴⁴: «Ignoro, observa, si me han visto sensible a este pequeño placer y también han querido quitármelo; pero por el cambio que percibo en sus fisonomías, por la cara con que me miran, a la fuerza comprendo que

⁴² REGIS, *La phase de présenilité chez J.-J. Rousseau*, Congr. de Gèneve, agosto 1907.

⁴³ Estas palabras proceden del «Segundo paseo» de *Las ensoñaciones del paseante solitario (Les rêveries du promeneur solitaire)*; en *Oeuvres complètes de J. J. Rousseau, op. cit.*, tomo XIX, p. 139). El «estado» al que parece referirse, sería algo que comenta hacia el final del «Primer paseo»: su propósito de retirar su interés del mundo y centrarlo en sí mismo para irse preparando a bien morir, pues «mi alma es lo único que los hombres no pueden quitarme» (*ibid.*, p. 133).

⁴⁴ Siempre y cuando no le reconociesen. Sériveau y Capgras (o quizá Régis) omiten las frases iniciales del párrafo que transcriben a continuación, el cual pierde entonces parte de su sentido. Ver el «Noveno paseo», *ibid.* p. 310: «*Je sens pourtant encore, il faut l'avouer, du plaisir à vivre au milieu des hommes tant que mon visage leur est inconnu. Mais c'est un plaisir qu'on ne me laisse guère [...]*» («Sin embargo, ahora me agrada, y hay que admitirlo, vivir entre los hombres en tanto mi cara les resulte desconocida. Pero es un placer que casi nunca me está permitido [...]).

alguien se ha ocupado cuidadosamente de privarme de ese incógnito». Un día se disponía a dirigir la palabra al padre de un niño con el cual había pasado un rato divertido haciéndole parlotear, cuando un hombre malencarado, uno de esos espías que llevaba sin cesar pegados a los talones, se le adelantó, [le dijo algo al oído] y en el acto el padre le dirigió una mirada muy poco amistosa. También unos mutilados, con quienes le gustaba charlar, «recibieron las instrucciones habituales»; dejaron de saludarle: «una expresión de rechazo y una mirada feroz sucedieron a su cortesía inicial [...] dando muestras del más violento odio».

Ahora Rousseau no conserva ninguna esperanza. Cuando escribió los *Diálogos* aún tenía fe en las generaciones futuras; hoy no tiene ya ilusiones. «Pasan muy pocos días —escribe— sin que nuevas reflexiones no me confirmen en qué error estaba al contar con recuperar al público aunque fuese en otra época, pues en lo que a mí respecta se verá influido por los guías que renuevan sin cesar las corporaciones que me han cogido aversión»⁴⁵.

Jean-Jacques Rousseau muere a los sesenta y seis años recién cumplidos, sin duda a causa de un ictus apoplético.

En la historia del delirio de Rousseau es posible distinguir tres periodos, sobre todo desde el punto de vista de las reacciones (variedad resignada). Tales reacciones, Jean-Jacques mismo lo dice, no son sino la manifestación de su carácter anterior, dulce y bueno. «Por poco que hubiese un germen de maldad en mi alma, la adversidad lo habría hecho fermentar hasta el exceso, me habría convertido en un loco frenético; y sin embargo, en cuanto a furor no soy nadie»⁴⁶.

En el primer periodo, periodo de elaboración (1752-1766, de los cuarenta a los cincuenta y cuatro años de edad), Rousseau no puede reprimir «la ebullición de un corazón valeroso que se indigna». Sus contestaciones a sus enemigos, elocuentes y vigorosas, son acerbas con frecuencia. No teme plantar cara a sus adversarios, reconoce incluso tener a veces accesos de furia: escupe sobre un mensaje de Voltaire y lo pisotea, rompe a mordiscos una carta de Diderot. Si nunca llega a ser agresivo en su conducta, sí lo es en sus palabras; al menor pretexto, trata a la gente de bandidos, bribones, bestias feroces. «Su fuerza no está en la acción sino en la resistencia». Sus enemigos «encontrarán la horma de su zapato». «Podrán hacer que me asesinen —dice en Motiers—, pero no me harán huir».

El segundo periodo se extiende de 1766 a 1770 (de los cincuenta y cuatro a los cincuenta y ocho años de edad); es el de la sistematización delirante. Su defensa ya

⁴⁵ Aquí se refiere en concreto a los médicos y a la Congregación del Oratorio, cuerpos a los que considera haber ofendido en diversas ocasiones. Ver el «Primer paseo», *op. cit.* p. 131.

⁴⁶ «Sexto paseo», p. 238. Hemos variado la transcripción que hacen Sérieux y Capgras para facilitar la comprensión.

no es tan aguerrida como en el periodo precedente; ahora se convierte en un perseguido migrador. Rousseau tiene miedo de sus enemigos; se han hecho muy poderosos y muy numerosos; a veces tiene crisis de terror, de pantofobia, pierde la esperanza de poder llegar a escapar de los enemigos que le acechan, se pregunta si no querrán inducirle al suicidio. Huye, vaga de un sitio a otro, y en todas partes se rodea de precauciones para hacer perder su rastro a quienes le persiguen. Si a ratos aún lanza algún ataque en su correspondencia, más a menudo, anonadado ante tantos crímenes como cree que le imputan, experimenta la necesidad de justificarse. Pero son vanos todos sus esfuerzos; el complot está demasiado bien urdido, y él termina por aceptar su suerte.

Se llega así al tercer periodo (1770 a 1778, de los cincuenta y ocho a los sesenta y seis). Rousseau ya sólo intenta defender su memoria, e incluso a eso renuncia al final. Ya no huye, se queda en París a merced de sus enemigos; no siente por ellos odio ni desprecio: no son nada ante sus ojos, «son habitantes de la luna». Es el periodo de irradiación del delirio: ya no sólo teme a los filósofos y a los magistrados sino también a los jesuitas, a los jansenistas, a los médicos, a la Congregación del Oratorio; la alianza en su contra se hace universal, se continúa generación tras generación. Es también el periodo de «la impasibilidad sublime», de la resignación. «Ceder en lo sucesivo ante mi destino, dejar a mis perseguidores disponer a su gusto de su presa, seguir siendo su juguete sin ninguna resistencia durante el resto de mis ancianos y tristes días, dejar en sus manos el honor de mi nombre y mi reputación en el futuro, si quiere el cielo que dispongan de ellos, sin importarme ya nada de lo que pueda ocurrir: esa es mi última resolución».

La enfermedad duró cerca de veinticinco años; se fundamenta exclusivamente sobre interpretaciones falsas; no se ven indicios de que haya habido fenómenos alucinatorios; la psicosis no ha conllevado deterioro intelectual.

(Traducción y notas de Ramón Esteban Arnáiz)